

época de Gengis-Khan, de quien descienden los khanes abul-kheiridas y los yadgaridas. Los khanes son elegidos por los beyes de las tribus usbecas, pero siempre entre los miembros de la familia reinante, y su autoridad no es por lo mismo jamás absoluta, porque todas las cuestiones importantes se deciden por los jefes de tribu reunidos en consejo. Solo lograron someterlas á su autoridad absoluta Mohammed Scheibani, despues el mencionado khan Obeidallah, que reinó desde 939 hasta 946 (1533-1539), y el khan Abdallah, que reinó desde 991 hasta 1006 (1583-1598); pero esta clase de genios son tan contados entre los soberanos de los khanatos como entre los de otros países y pueblos.

A pesar de su carácter belicoso é indómito, que hizo de los usbecos una calamidad perenne de las provincias persas fronterizas, y eventualmente de los soberanos de Cabul y de las regiones vecinas, jamás llegó este pueblo á dominar completamente ni el Corasan ni el Gorgan. Los conquistó repetidas veces, pero los volvió á perder otras tantas, y jamás llegó á tener una influencia notable en la historia del mundo mahometano, porque ha consumido su fuerza casi siempre en discordias interiores que á menudo han dividido también á los dos khanatos de Khiva y Bokhara. A fines del siglo XI de la égira (el XVII de nuestra era) fué decayendo el espíritu guerrero de estos tártaros, y los afganes se apoderaron en 1165 (1752) de las comarcas de Balh y Kundus, que poseen todavía hoy. A consecuencia de la misma decadencia separóse del khanato de Bokhara, á principios del siglo pasado, otro khanato, el de Khokand (Fergana), y sucesivamente otros como el de Uratübe, Schechri-sebs, Hisar, que son estados vasallos de Bokhara. Varias son las dinastías que han reinado desde su creacion en los khanatos de Bokhara y Astracan. En el primero gobernaron hasta 1006 (1598) los scheibanidas ó abul-kheiridas, que fueron suplantados en el citado año por los astracanidas, es decir, por los khanes de Astracan, descendientes también de Gengis-Khan, los cuales fueron desposeídos en 961 (1554) por los rusos. Despues, bajo la proteccion de los abul-kheiridas se establecieron en 975 (1567) en Bokhara, contrajeron relaciones de parentesco con los príncipes del país y al fin los suplantaron. El poder de estos khanes astracanidas habia menguado mucho un siglo despues por la creciente desobediencia de los emires y la decadencia del espíritu guerrero de las tropas; pero se sostuvieron nominalmente, gobernando en realidad en su lugar una especie de mayordomo hasta el año 1214 (1799), en cuya época fueron suplantados por Heidar-Khan, de la tribu usbeca de los Mangut y descendiente por la parte materna de la dinastía antigua. Un descendiente de este Heidar reina hoy nominalmente en Bokhara con el título de khan por la gracia del gobierno ruso, por convenir así á la política de este gobierno, que quiere contemporizar con los ingleses mientras va conquistando el khanato paso á paso desde el año 1285 de la égira ó sea desde el de 1868 de nuestra era. Lo mismo puede decirse del actual khan de Khiva, que tampoco es descendiente de los khanes anteriores de la dinastía yadgarida, que fué destronada por sus súbditos usbecos en 1126 (1714). Estos eligieron desde entonces un khan cualquiera entre los descendientes de Gengis. Este khan era puramente nominal, porque para el gobierno efectivo eligieron los grandes del país, al propio tiempo, un regente de entre ellos que llevaba el título de *inak*, que significa «hermano menor.» Uno de estos regentes, en el año 1219 (1804), destronó al khan reinante y se puso en su lugar, adoptando el título de khan en vez del de *inak*. En 1287 (1872) el octavo sucesor de este usurpador recibió un mayordomo regente en la persona de un gobernador militar ruso, el cual reincorporó además al khanato de Bokhara todos los khanatos turcoma-

nos entre el Oxo y el mar Caspio, que paso á paso se habian emancipado mas ó menos á la autoridad ya del khan de Bokhara, ya del de Khiva.

La absorcion de estos países por la Rusia ha sido una verdadera fortuna para ellos, pues ningun país del mundo ha sufrido jamás desgobierno semejante al de aquellos khanatos. El despotismo de los khanes y las demasías de los beyes ó jefes de tribu, que se llaman también emires, fueron causas perennes de males indecibles; pero aun lo fueron mayores si cabe los producidos por los ulemas y derviches. El clero mahometano de Constantinopla y del Cairo, tan ignorante, fanático é intolerante como es, parece estar compuesto de Espinosas y Lessings si se le compara con el de Bokhara y Khiva, donde el contraste y la proximidad del siismo de Persia aumenta el fanatismo de los sunnitas y por consecuencia el influjo y el poder de la clerecía, que se extiende hasta sobre los gobernantes. Si este influjo y este poder sirven hasta cierto punto de valla á los abusos y demasías del gobierno civil, en cambio se imponen también al pueblo y cual camisa de fuerza le privan de moverse y matan las inteligencias á pesar de la fama de centro de ciencia que se ha dado y se da á la ciudad de Bokhara, llamada «el luminar del Islam.» La verdad es que en ninguna parte del mundo mahometano esta religion, á lo menos en su forma sunnita, ha dado peores resultados que en los dos khanatos, donde un par de párrafos del código penal ruso reemplazarían con ventaja á todo el Corán para bien del país y de sus habitantes, tanto mas cuanto la hipocresía mas repugnante ha reemplazado allí la religiosidad verdadera y venerable.

Si pasamos ahora á los vecinos occidentales del nuevo imperio persa, hallaremos que también conservaban su actitud hostil tradicional, agriada nuevamente por la creacion reciente del mismo imperio persa. Los soldados de Ismail eran individuos de las tribus turcomanas que bajo la enseña del borrego blanco habian combatido en tiempo de Usun Hasan contra el sultan Mohammed. Además el schah Ismail con sus repetidas campañas contra los emires de Abulustein habia demostrado que no pensaba renunciar á aquellos territorios, ocupados desde antiguo por la raza turcomana. Para hacer mas tirante la situacion ocurrió á Selim, hijo del sultan Bayaceto II y gobernador de Trebisonda, emprender una expedicion armada en el año 914 (1508) al territorio de Ersingan, que habia pertenecido siempre á los ak-koyunlus. En este estado las cosas, bastaba un accidente insignificante para producir una ruptura; pero por lo pronto se evitó por el respeto que infundía al schah Ismail la artillería del sultan, que tan terrible destrozo habia causado en la hueste de su abuelo Usun Hasan. Por parte del sultan, hallándose ya viejo y caduco, le daban bastante quehacer sus hijos y los genizaros con su conducta insolente. Pero cuando el schah agregó á las causas de hostilidad existentes la persecucion de los sunnitas de su imperio, y cuando por otra parte el sultan Bayaceto fué destronado en 918 (1512) por Selim I, el mas brutal y fogoso de sus hijos, Ismail no pudo menos de comprender que la guerra no tardaría en estallar, y como hombre previsior buscó aliados poderosos. Con este fin entró en negociaciones con la república de Venecia y con el sultan mameluco de Egipto; pero la primera acababa de firmar un tratado de paz tolerable con Turquía, y el segundo tomó por pretexto la cuestion religiosa para eludir su participacion en una guerra formal y hecha en regla contra los turcos. Viéndose aislado Ismail, trabó amistad con Ahmed, hermano y competidor de Selim I y hasta entonces gobernador de Amasia; pero quiso el destino que este aliado muriera en 919 (1513) á manos de los genizaros.

Ismail se habia negado á reconocer á Selim I, y habia admitido además en su corte de Tebris al hermano Amurates y á los hijos del difunto Ahmed, que habian huido de Selim; de suerte que viendo inevitable la guerra, se preparó para salir con honor de ella. Entonces llegó una noticia á Persia que exaltó la antipatía del schah y de sus soldados contra los turcos sunnitas hasta el fanatismo mas feroz. El sultan Selim, monstro de ferocidad, habia hecho prender á todos los siitas que vivian en sus dominios del Asia, porque en sus provincias europeas no los habia, segun la lista que sus espías habian formado; y á fin de que no organizaran una sublevacion á sus espaldas mientras estuviera guerreando contra el schah de Persia, pues que ya se habian amotinado en tiempo de Bayaceto, los hizo decapitar ó encerrar para toda la vida en número de 40,000, desde la edad de 7 hasta 70 años, es decir, á todos los individuos anotados en las listas; «y si los encargados del sultan ejecutaron inocentes á fin de cobrar mayor gratificacion, que se les pagaba á tanto por cabeza, que Dios se lo demande el día del juicio final,» dice un apologista del sanguinario sultan. Esta matanza espantosa, que solo podia compararse con las de Timur, hizo imposible en adelante toda paz y amistad entre la Turquía y la Persia, como igualmente entre los sunnitas y los siitas. Hoy los sunnitas no son para los siitas mahometanos legítimos, como los protestantes no son cristianos verdaderos para los católicos ortodoxos; y en países sunnitas el siita no solamente es despreciado sino objeto de odio y de insultos personales. Ya en tiempo de Hülagu los mahometanos del Este del Tigris estaban separados de los del Oeste por un abismo, pero este abismo se extendió hasta lo infinito á causa de la elevacion del siismo á religion del Estado por el schah Ismail y de la matanza de los siitas dispuesta por Selim I.

Hace cerca de cuatro siglos que dura la lucha iniciada entonces entre la Persia y la Turquía, bien que los soldados de Ismail eran tan turcos como los de la Turquía misma; y si en nuestro tiempo el antagonismo feroz entre las dos naciones ha vuelto al estado latente, es solo por la impotencia de una y otra. Esta guerra tan larga empezó para Ismail bajo malos auspicios. Penetró con su ejército en 919 (1513) en el Asia Menor; pero cuando en el año siguiente Selim, que competía con Timur no solamente en ferocidad sino también en pericia militar, marchó contra él á la cabeza de 140,000 hombres, el schah de Persia creyó prudente emprender la retirada para atraer al enemigo al interior del Asia y debilitarlo á fuerza de fatigas y privaciones. En la llanura de Caldiran ó Khaldiran hicieron las tropas de Ismail frente á las turcas para proteger la capital; pero á pesar de su gran valor no resistieron á las descargas de la artillería y fusilería de los genizaros y su derrota fué completa el 23 de agosto de 1514 (ó sea el 2 del mes de Rescheb del año 920 de la égira). Selim entró vencedor en la capital de su enemigo; pero no pudo establecerse permanentemente en el país porque á ello se oponían los genizaros, á quienes no gustaba esta guerra en un país poco transitado y relativamente pobre. Ismail perdió la Mesopotamia y la Armenia occidental, que fueron conquistadas en 921 (1515) y ocupadas permanentemente hasta Mosul por los turcos. Al año siguiente dirigió Selim sus armas, como hemos dicho en otra parte, contra la Siria y el Egipto, y con esto dejó en paz á Ismail, que murió en el año 930 (1524) en la flor de la edad varonil.

No es fácil hacer un retrato exacto de este personaje histórico, fundador de la dinastía de los sofies y al cual los persas celebran como héroe, á la par que le veneran como santo, bien que bajo este último concepto no deja de ser

algo mas que singular la conducta brutal que observó no solamente con los sunnitas sino con forajidos y rebeldes, á quienes mandaba arrojar vivos á una caldera de agua hirviendo cuando queria aterrar á los demás con un ejemplo de rigor. Segun un historiador turco (1), hizo decapitar á 14 individuos de familias de príncipes. El carácter feroz de la época y de la humanidad entre la cual vivió induce á perdonar mucho, y de todos modos no pueden negarse al fundador del imperio persa ni talento ni energía, sobre todo si se compara su obra con el carácter efímero de todos los Estados creados anteriormente por los jefes de las tribus ak-koyunlus y kara-koyunlus. Solo un verdadero genio podia formar una monarquía y una nacion verdaderas de aquellas turbas de jinetes turcomanos y de los habitantes persas tanto de las ciudades como del campo. Por supuesto que no lo hizo de un solo golpe ni sin que surgieran despues, tanto durante su vida como en tiempo de sus sucesores, notables dificultades, originadas por la índole especial y sobre todo por el desenfreno indomable de las tribus turcomanas. Estas tribus, de siete que eran al principio, llegaron á ser muchas mas á medida que con la conquista de nuevos territorios ingresaron en el imperio persa nuevas ramas del mismo tronco, como las de los ustadschus, afschares, kadschares, etc., etc., que todas formaban colectividades enteramente independientes y hasta extrañas entre sí á manera de los grupos beduinos árabes. Las rivalidades y venganzas entre estas tribus, que eran el gran puntal del nuevo imperio, llenan muchas páginas de su historia, si bien desde Abbas I en mucho menor escala que antes. Es ocioso decir que los turcos sunnitas de Levante y Poniente, siempre en acecho, aprovechaban estas dificultades interiores para volver á sus ataques; solo que el lazo de la religion comun y el odio á los mahometanos sunnitas eran al fin mas fuertes que las divisiones interiores é impedían la desmembracion del nuevo imperio. Sin embargo, en los primeros tiempos que siguieron al reinado de Ismail estuvo la Persia mas de una vez al borde de semejante catástrofe.

El hijo de Ismail, Tahmasp, que segun la ley de sucesion siita heredó el trono, no habia llegado todavía á su mayor edad á la muerte de su padre, porque contaba solo de diez á catorce años. En la edad adulta dió pruebas de una inteligencia viva y cultivada, así como de actividad creadora y enérgica, pero sin abarcar grandes puntos de vista y sin obedecer á un plan general, como la situacion lo requería. No viendo claramente el mal fundamental de la situacion, gastó sus fuerzas combatiendo efectos secundarios á medida que se hacían sentir, como las discordias entre su tropa turcomana, que originó dos guerras sangrientas intestinas desde 931 hasta 933 (1524-1527) y en 937 (1531); las guerras fronterizas con los usbecos, y otras con los turcos, que se apoderaron en 941 (1534) de Bagdad y de la Armenia hasta mas allá de Van, y asolaron en 956 (1549) y 961 (1554) el país hasta muy adentro del Aderbidyan. Para hacer frente á todas estas calamidades escaseaban las fuerzas, lo cual explica fácilmente la existencia precaria de la obra de Ismail. El golpe mas sensible fué la pérdida de Bagdad, no por esta ciudad de los califas sino por los lugares mas sagrados de la religion siita, Nedschef y Kerbelá, que con aquella cayeron en manos de los turcos. Estos naturalmente no toleraron despues que los siitas practicaran allí sus devociones heréticas. Quedaron, sin embargo, á los siitas el lugar sagrado donde el iman Risa sufrió martirio y muerte y el sepulcro del jeque Sefi, el venerado fundador de la fami-

(1) Véase Hammer: *Historia del imperio Turco*, obra escrita en alemán, tomo II, pág. 395.



lia sefida, cuyo sepulcro en Ardebil fué convirtiéndose cada vez mas en lugar de devocion. No obstante todas estas adversidades, Tahmasp conservó el imperio unido durante todo su largo reinado, es decir, desde 930 hasta 984, año de su muerte (1524-1576); pero entonces siguió un período de diez años de anarquía durante los cuales los hijos y nietos del difunto se disputaron el trono, mientras el gobierno efectivo estaba dividido y en manos de los jefes de la tribu turcomana, que en cada provincia constituía la fuerza armada. Los ustadschus proclamaron schah á Heidar Mirza, y los afschares á Ismail Mirza, ambos hijos del schah difunto; el primero murió luego asesinado y el otro fué proclamado en Kaswin, la nueva capital del imperio, con el nombre de Ismail II en 984 (1576). Lo primero que hizo este Ismail fué matar á todos los príncipes de su propia familia que se hallaban en la capital, é igual orden envió á las provincias respecto de los demás príncipes de su raza; pero por fortuna no fueron obedecidas estas órdenes y al año siguiente la muerte libró á la Persia de este monstruo abominable en todos conceptos, no se sabe si por abuso del opio ó porque alguien le administrara un veneno mas eficaz. Fué proclamado en su lugar Mohammed Mirza con el sobrenombre de Khoda-bende, que quiere decir «siervo de Dios», en 985 (1577). Era casi ciego, por cuya razon dejó gobernar á su visir, Suleiman, hombre de talento, pero que no gustó á la tropa, y el schah tuvo que sacrificarle poniendo en su lugar á su propio hijo Hamsa. No por eso consiguieron el padre y el hijo restablecer el orden interior, porque en el Corasan gobernaban independientes los ustadschus, habiendo proclamado primero gobernador de la provincia y en 990 (1582) del imperio á Abbas, hermano de Hamsa. En el Aderbidyan se pronunciaron las tropas de la poderosa tribu de los takalus. En medio de esta confusion invadieron el país los usbecos y turcos, apoderándose estos últimos paso á paso de toda la Armenia y del Aderbidyan; y para colmo de desgracia fué asesinado en 994 (1586) el príncipe Hamsa cuando estaba guerreado contra los turcos. Antes se habian dirigido los ustadschus con su pretendiente á la capital: Mohammed al saberlo huyó, sin que se sepa lo que fué de él, y en los primeros días del año siguiente entró en Kaswin el jefe de los ustadschus á la cabeza de su tropa y en compañía del nuevo schah Abbas, que á la sazón contaba 28 años aproximadamente (1).

Abbas I reinó desde 995 hasta 1037 (1586-1628). Un autor describe su persona del modo siguiente: «Era hermoso de cara con la particularidad de que tenia la nariz muy saliente y la mirada penetrante. Toda su barba se reducía á unos grandes bigotes. Su estatura era baja, pero su cuerpo robusto, á juzgar por la fama que tenia de soportar todas las fatigas, y por la afición á la caza (afición propia de todos los reyes de Persia desde la época mogola), que no le abandonó hasta su muerte.» Esta descripción concuerda con la de los autores persas; pero sería muy aventurado tomar la expresión afable de su cara por reflejo de un carácter bondadoso, ni menos inofensivo. Cierto es que su largo reinado, que duró mas de 40 años, fué no solo el mas brillante sino tambien el mas benéfico que ha tenido la Persia desde la época mogola; mas para esto, para poner orden en el interior, falto de toda organización, era indispensable un hombre enérgico y hasta déspota brutal é inflexible, como era en realidad Abbas I, el cual por lo mismo, cuando vemos sus actos de rigor excesivo y de crueldad, nos parece desde luego que no merece el sobrenombre de grande. Sin embargo, hay que tener presentes las circunstancias en que el destino le habia

(1) Segun Malcolm: *History of Persia*, I, pág. 565.

colocado, entre tribus turcomanas indómitas y turbulentas, en un país devastado por hordas mogolas y turcas, con una población, tanto urbana como rural, acobardada, sin cualidades militares, y así se comprenderá que en semejantes condiciones solo un régimen de terror podia fundar una monarquía algo organizada y sólidamente trabada. Todo, pues, concuerda para admitir como indudable que Abbas no dictó sus durísimas disposiciones y sentencias por instinto sanguinario y por el placer de imponer martirios á sus víctimas, sino llevado de la convicción íntima de que eran necesidades exigidas por la política. Las atrocidades que cometieron las tropas de Abbas por sí y por orden de éste en sus guerras contra los usbecos y los turcos, en el fondo solo son ejemplos de usos generalizados en el Oriente en la época relativamente moderna que aquí nos ocupa. El acto peor y mas vituperable fué la matanza de los sunnitas de Bagdad y represalias de la de los siitas del Asia Menor, ordenada por Selim. En presencia de tales hechos á nadie ocurrirá negar que el schah Abbas el Grande fuera, en lo que tenia de déspota, digno rival de otros soberanos asiáticos; pero Abbas era déspota ilustrado que si trató á las personas como material muerto y sin valor, no lo hizo por mero y estúpido capricho, sino con fines vastos, y sacrificó una parte relativamente pequeña para asegurar el bien de la mayoría por mucho tiempo. Abbas poseía la sagacidad y penetración, y el sano é ilustrado criterio de los grandes estadistas, que saben conocer las principales necesidades del Estado y descubrir los medios mas acertados para satisfacerlas, lo cual les da el derecho de valerse de la fuerza bruta en la realización de sus levantados propósitos para destruir los obstáculos que la índole levantisca, la desobediencia y el orgullo de otros les ponen en su camino. Así lo hizo Abbas al desembarazarse ante todo de las personas que querian imponerle trabas y ligarle las manos, y que constituían el mayor de los males que roía la fuerza vital de la Persia. Así, faltando á la gratitud, hizo asesinar al principio de su reinado á Murchid Kuli, el jefe de los ustadschus, que le habia sentado en el trono y que trataba de imponerle su voluntad. Desde aquel instante aplicóse con tanto acierto y resolución como buena fortuna á extirpar de raíz y para siempre el indicado cáncer roedor. En el año 998 (1590) hizo un convenio de paz provisional con los turcos, á quienes dejó todas las conquistas hechas. Contra los usbecos, que en 995 (1587), acaudillados por su khan Abdallah II, habian devastado la ciudad santa de Mesched, dispuso los medios mas indispensables de defensa para ganar tiempo y aplicar toda su atención y energía á la organización de su ejército y á otros asuntos de gobierno interior urgentes. Lo primordial era librar la monarquía de las ligaduras con que la tenian sujeta las tribus turcomanas y sus jefes. La simple sospecha de la preferencia á favor de una excitaba el rencor de todas las otras, y las continuas desavenencias y riñas entre ellas no permitian contar formalmente con ninguna, ni con las provincias en que estaban de guarnición. La sagacidad de Abbas le sugirió un medio tan eficaz como sencillo para hacerse en poquísimos tiempo dueño absoluto de su fuerza armada. Anunció que en lo sucesivo á los cuerpos existentes de tropa se agregaba otro nuevo, cuyo jefe seria el mismo schah, pero en el cual podian ingresar sin distinción individuos de todas las tribus turcomanas. El nuevo cuerpo recibió muy pronto un nombre, el de «compañeros del schah» (*schah-seven*), y como desde luego el tratamiento que recibieron estos voluntarios correspondió á su título, los turcomanos de todas las tribus acudieron solicitando ser admitidos en la nueva institucion, la cual llegó á contar 100,000 familias y fué en adelante el puntal mas firme de la dinastía sefida. Esta fuerza en manos de un schah como Abbas era

suficiente para asegurar por un lado la obediencia de las otras tribus y tropas y por otro para hacer innecesario su concurso.

Otra disposición tomó Abbas que tendía al mismo fin. Hasta entonces los jefes de tribu habian acaudillado y mantenido la fuerza armada facilitada por las tribus turcomanas, en número de 60,000 individuos aproximadamente, sin que el schah pudiese intervenir en el nombramiento del jefe ni colocar á nadie en estos cuerpos que no perteneciera á la tribu correspondiente; de modo que la fuerza armada del país, es decir, de todo el imperio, estaba en manos de los

emires de las tribus. Abbas habia aminorado en gran parte este inconveniente capital con la creación de la tribu de los compañeros del schah; pero era indispensable hacerlo desaparecer completamente. Para aumentar el número de las tropas á las órdenes directas del schah, redujo Abbas á la mitad los contingentes que cada tribu debía aprontar, y para cubrir la baja resultante de esta disposición ordenó la admisión de voluntarios, los cuales recibían sueldo del Estado y jefes nombrados por el schah. Con esto quedó Abbas dueño verdadero de su imperio, y aunque, como en todas partes del Oriente, y en Europa á veces, algun gobernador



Abbas I (de una pintura persa)

de provincia lejana tuviera tentaciones de proclamarse independiente, estos pronunciamientos parciales no llevaron ya consigo el desmembramiento de todo el imperio, si bien desempeñaron un importante papel en el cambio de las dinastías, provocado por alguna ó algunas tribus, que hoy como entonces se mantienen aisladas y separadas una de la otra. Seguro ya de su ejército, cuyo armamento habia aumentado con las armas de fuego europeas, procedió Abbas á restablecer la dignidad del imperio persa en el exterior. En 1006 (1597) destruyó cerca de Herat las fuerzas usbecas tan completamente que desde entonces los habitantes de los distritos fronterizos disfrutaron durante algunos decenios una tranquilidad y seguridad de que no tenían ya memoria. En el año 1012 (1603) aprovechó las dificultades interiores y la decadencia del imperio turco en los reinados de Mahomed III y Ahmed I para tomar la ofensiva, y recuperó hasta el año 1016 (1607) las provincias del Aderbidyan, Chirwan y Georgia. Grandísimo fué el júbilo del pueblo persa cuando el schah Abbas coronó sus conquistas en 1032 (1623) con la de Bagdad y los lugares sagrados de Nedschef

y Kerbelá, victoria que á los ojos de nuestra generación mas civilizada resulta bastante empañada con las atrocidades que el vencedor cometió en los infortunados habitantes y llegaron á su colmo con el degüello de la mayor parte de los que profesaban el culto sunnita. Este acto sanguinario no ha perjudicado la popularidad que entre los persas gozó Abbas en vida, y despues de muerto, en mucho mayor escala que su antepasado Ismail. Hoy se cuentan de este soberano innumerables anécdotas y agudezas en que figura á menudo su bufon. La leyenda popular persa ha hermozeado la figura de este héroe como la de los árabes ha idealizado la de Harun er-Raschid. Estas tradiciones cariñosas ó entusiastas tienen á menudo su origen en el terror que en vida inspiraron muchos soberanos, en la adulación y el respeto prudentísimo de sus súbditos atemorizados, como por ejemplo sucede con la popularidad póstuma de Ivan el Terrible y de Bibars, sultan de los mamelucos.

El schah Abbas es merecedor de la estima y veneración que el pueblo persa le conserva, no solamente por sus hechos de guerra, por sus victorias, por el freno que impuso á